

Falso Eros y pensamiento

Autoría: Pedro Fuentes Pozo

Afiliación: Humanista por la Universidad Internacional de La Rioja; Bachelor of Science and Economics; MBA por P.W. University de Los Ángeles; artista multidisciplinar y ensayista

SECCIÓN	PÁGINAS	IDENTIFICADOR
Divulgación y revisión	147-154	TDL-82-2024-147-154

TIPO DOCUMENTAL

Ensayo de filosofía y estética

RESUMEN DOCUMENTAL

Ensayo sobre la transformación contemporánea del eros, la belleza, el deseo y el pensamiento crítico. Pedro Fuentes Pozo relaciona posmodernidad, tecnología, redes sociales, consumo e inteligencia artificial con una pérdida de profundidad ética y estética. El texto reclama recuperar las Humanidades y el juicio crítico para evitar que la comunidad tecnológica convierta el deseo en un producto y reduzca la capacidad humana de pensar y decidir.

PALABRAS CLAVE

eros · pensamiento crítico · posmodernidad · inteligencia artificial · Humanidades · estética · tecnología

CITA BIBLIOGRÁFICA

Pedro Fuentes Pozo. «Falso Eros y pensamiento». Torre de los Lujanes, n.º 82, 2024, pp. 147-154. ISSN 1136-4343.

Falso Eros y pensamiento

Conferencia impartida el 24 de noviembre
de 2023 en la RSEMAP

Por
Pedro Fuentes Pozo

Humanista
por la Universidad
Internacional
de La Rioja (UNIR)
Bachelor of Science
and Economics,
MBA por la P.W.
University
de Los Ángeles.
Artista
Multidisciplinar
y Ensayista.

Vivimos en un momento de civilización donde el titán posmoderno se está adueñando progresivamente del eros. Es esa referencia visual de *El coloso* de Francisco de Goya, en la cual un gigante deambula y destruye a una sociedad distraída, espantada de sus propias necesidades, ante la pasividad del propio sujeto agraviado.

Todas las definiciones sociales y políticas —que en nuestra historia reciente aceptamos o, más bien asimilamos de forma automática como la respiración o la digestión—, se ven afectadas por un cambio de paradigma, que no sólo afecta a la belleza, al modelo cultural, sino a la esencia del pensamiento del hombre.

Este malestar producido por la nostalgia de la *Tradición Clásica* debería experimentarse en todas las capas de la sociedad.

Ya sabemos que esto no es así. Sólo una minoría se siente preocupada ante tan grave situación. Es un suceso que, sabemos por la historia, no es nuevo, y que fue un afán de siglos anteriores. El hombre comenzaba a ser «mejor ser humano» en el momento que el pensamiento irrumpía en su vida. El mismo Cervantes no los recuerda en voz de su Quijote: «El que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho».

Nuestra sociedad actual deviene de múltiples procesos de revolución, aceptación y validación posterior de los mismos, los cuales han sido decisivos para elaborar unos nuevos modelos de pensamiento.

A mi modo de ver, son dos sucesos los que cambiaron el concepto de «humanidad social progresiva» en el siglo XXI. El primero fue desde el ámbito geopolítico con la caída de las Torres Gemelas; el segundo la entrada del universo digital en las comunicaciones y su extensión acelerada hacia la Inteligencia Artificial (IA).

Ciertamente vivíamos en esa sociedad competitiva, donde el progreso seguía siendo una cuota a alcanzar. Pero a partir de estos dos sucesos, la definición de progreso se aparta del pensamiento para alojarse en la tecnología, la cual no se constituye como una herramienta del hombre, sino como el propio ser humano, aquel «sujeto máquina» que Fritz Lang nos muestra en su película *Metropolis* de 1927.

Es un suceso que ha anidado en todos los campos de la sociedad, economía, psicología, cultura y pensamiento. Y es en ese nivel de pensamiento, donde ha desarrollado un nuevo arquetipo que se ha configurado como un modelo: EL FALSO EROS.

Deberíamos pensar si hemos asistido a un proceso de transformación voluntario o a una mera absorción por una distopía maniquea, atractiva para el hombre del siglo XXI, pero perniciosa para la esencia de la existencia.

De filosofía existencialista no se trata y es muy difícil pretender que hoy en día el «hombre masa» no goce de las bondades que supuestamente tuvo el mundo del pensamiento. Nuestra propia existencia nos ha llevado a un desafecto por el humanismo y a un sólido abrazo al transhumanismo, que se preocupa por el futuro, dejando de lado el pasado y el presente. (Curiosamente Orson Welles en *El cuarto mandamiento* de 1942 nos decía que lo pasado no es viejo, simplemente está muerto). Es así como hemos abordado nuestra propia destrucción del concepto de Eros.

El Eros del mundo clásico sufre la descomposición del mito, ese concepto platónico que desvela Platón en *El Banquete* (dios y humano, amor y sexualidad), en *Fedro* (sentimientos, pasiones y amor personal), ligado a su concepto de las ideas, equilibrio, armonía y belleza. Es con la llegada del cristianismo al pensamiento romano cuando el Eros sufre una transformación debido a la disolución de gran parte de las mitologías (Isis, la magia y la salud; Ishtar, diosa babilónica del amor y la guerra, de la vida y la fertilidad; y el mismo Eros), desde su carácter práctico y mítico. Después, en la época oscura, se diluye con las invasiones bárbaras; posteriormente se teologiza en el medievo con la fortaleza teocéntrica que caracteriza al poder eclesial; la escolástica y el pensamiento medieval le confieren un sentido hermético, incluso esotérico.

Con el descubrimiento de América, el equilibrio y la armonía del mundo se elaboran desde parámetros económicos y comerciales. En el Renacimiento, la gran versatilidad que se le entrega al hombre como ser humano, el Humanismo, le relega al Eros su carácter sagrado y mítico y construimos sociedades del XVII en adelante transgresoras del mito.

Creo que en la Ilustración, el Eros pierde su sentido trascendente porque la mayoría de edad del hombre se retroalimenta de la falta

de trascendencia, no hay necesidad de Dios o de mitologías cercanas al concepto de deidad; es la aplicación de la razón y el descubrimiento del mundo a través de la observación y del modelo empírico. Anteriormente, el cartesianismo establece la duda como piedra angular del pensamiento.

Con las revoluciones industriales y políticas llegamos al siglo XIX, materialismo, pragmatismo, utilitarismo y relativismo, falsas utopías que por «nostalgia del Absoluto» tienen la urgente necesidad de construir un falso eros. Esto sucede porque ante la consolidación del hombre antropológico, cuerpo, alma y espíritu, sus necesidades trascendentes continúan existiendo, sus preguntas siguen siendo las mismas sobre el mundo, Dios y su Yo interno, al igual que sucedió en el medievo, Renacimiento o Ilustración.

El hombre del siglo XXI necesita atender a sus necesidades primarias, a pensar, amar y descubrir su luz interior. En el pensamiento cristiano se expresa con claridad, es el Alfa y el Omega, el círculo: nacemos de Dios y volvemos a Dios. Pero, ¿qué sucede mientras dura ese viaje que es la vida? Sucede que seguimos necesitando a ese eros de la armonía, equilibrio y belleza, y si lo ausentamos de la vida práctica activa, es cuando nos vemos en la obligación de crear un falso eros, o que la sociedad, de manera distópica, nos lo diseñe desde su pasividad.

Es un eros que se despoja de muchas de sus cualidades que lo definen, de tal manera que llegamos a un falso mito que no responde a una realidad objetiva de sociedad, sino a la falsa realidad que resulta verosímil para esa sociedad. Por decirlo de alguna forma, la verdad ya es una apariencia de lo que pudo ser.

Es por ello, que el avance del relato demagógico forma parte de ese falso eros, desde el inicio de la creación de su propio personaje: el relativismo tecnológico, aunque resulta paradójico si pensamos que

la IA se reducirá en un futuro muy lejano a una verdad absoluta. Este es el temor desde el campo ético.

En este proceso entramos en el concepto agónico del eros. Byung-Chul Han nos dice que «el hombre contemporáneo está pendiente del rendimiento, se pierde el contacto con el otro y nos adentramos en el súper ego». Se instala en sí mismo sin ponerlo a disposición del otro, solo lo utiliza para satisfacer sus necesidades. Es el falso eros definido en el egoísmo; en el egocentrismo. La sociedad actual es inminentemente egocéntrica. El cansancio vital de «tenerlo todo» nos deriva a unas estadísticas demoledoras de estrés y depresión.

George Steiner en su *Nostalgia del Absoluto* nos alarma con la idea de suplantación del trascendente con el uso de dogmatismo y de relatos demagógicos. Las sociedades actuales tienen que afrontar un enorme problema que deviene del efecto multiplicador y la rapidez de los acontecimientos históricos y psicológicos que están influenciados por el exceso de consumo, de tecnología y el descenso del pensamiento, de la belleza y, en definitiva, de Eros.

Esta situación demagógica nos reduce el nivel de pensamiento, el juicio crítico y, atendiendo a Martin Heidegger, nos adentramos en la enorme dificultad de encontrar al Ser. El mismo Hegel en su estudio analítico de su razonamiento nos decía que «se estaba viviendo una mera vida y no así una vida plena». Aproximaciones al pensamiento que la propia cinematografía de los años cincuenta reflejaba en aquellos planteamientos como en la película *Imitación a la vida* de Douglas Sirk de 1959.

El falso eros no acepta la muerte, no asume el dolor, no aprende a vivir, es un enmascarado resiliente y, en este sentido, esa grave desesperación, debida al mayor avance tecnológico de todos los tiempos a través de la IA, nos construye una nueva verdad.

Hemos llegado desde la II Guerra Mundial a un efecto de «hombre máquina» desde la dimensión algorítmica, desde la acumulación de datos, parámetros que tenderán a anular al «hombre pensante».

El hombre se encapsula en un mundo tecnológico ante un proceso de deshumanización y se siente incapaz de luchar contra el monstruo prometeico, sirva como ejemplo la incursión en el mundo del trabajo del chat GPT.

¿Dónde vamos a situar el concepto de existencia del hombre? Si la máquina es capaz de relacionar y construir pensamientos en una batidora de datos desde su capacidad de acumular y relacionar ¿dónde se quedarán los nuevos planteamientos del pensamiento?

Diera la impresión que el hombre del siglo XXI descarta la evolución del conocimiento en mor de la gran cantidad de datos que ya poseemos. Si esto llega a término, hemos descartado la creatividad y el concepto de vanguardia como elemento propulsor de la evolución del pensamiento.

Por lo tanto, podríamos decir que este falso eros construido desde la pereza individual responde a las siguientes características: muerte de Dios, ausencia de las Humanidades, descenso del pensamiento, exceso de consumo y de tecnología, ansiedad psicológica, necesidad de inmediatez, ausencia afectiva del amor del verdadero Eros (de ahí el salvaje avance de la pornografía y destrucción de la familia), profunda desafectación del amor fraterno a cambio del egoísmo competitivo y ausencia kantiana del imperativo categórico, de «lo que debo hacer» en sustitución del maniqueísmo hedonista.

Las consecuencias de vivir en el falso eros son: falta de trascendencia y equilibrio interno del YO, incremento del analfabetismo posmoderno (sabemos mal leer y mal escribir, pero realmente ¿para que lo necesitamos?), falta de juicio crítico, adoctrinamiento del sentido

de responsabilidad, materialismo de las relaciones afectivas a través del «amor conveniente», ausencia del concepto de «lo sublime» del Romanticismo, relativismo y pérdida generalizada del sentido de verdad. La verdad se estructura desde el ámbito de lo «que se dice» no de «lo que es». «El fundamento de la verdad no puede estar en el sujeto que juzga».

El auge del progreso ya entró en una etapa involutiva para el hombre. ¿Qué pensaría el hombre de las cavernas si pudiera observar el mundo actual? Ya estamos en un proceso de no retorno. La máquina que controlará al hombre pensante, nos hará volver a ser esclavos, de una manera que no podemos imaginar. Ya somos dependientes de nuestras adiciones posmodernas. Rotundamente debemos asumir que somos individuos transhumanistas que aceptamos el despido del trabajador por la sustitución de la máquina y pasamos a formar parte de una mera estadística, ahora más que nunca.

La tecnología nos ha metido en un bucle del que ya no podemos salir, la rapidez de las redes, el envío de comunicación (recordemos la psicología que olvidamos por el camino a la hora de escribir una carta, aquellas letras que viajaban con la esperanza, la ausencia, la melancolía y en muchos casos la poesía del amor).

La vida y muerte del hombre, la fuerza vital como energía del alma, ¿son asuntos que podremos contemplar a partir de la implantación de la IA? No se trata de legislar a un monstruo sino de pensar para qué necesitamos al monstruo. ¿Tendremos el juicio crítico adecuado para poder discernir sobre un ámbito tan condicionante en nuestras vidas? ¿Qué hace el propio sistema al respecto?

Ya Ortega y Gasset defendió en los años treinta las reformas necesarias para que la universidad pudiera asumir el reto de los tiempos cambiantes. ¿Quién asume ahora esa labor? Ya se habla de legislar

la IA. Quizás antes de crear este falso eros hubiéramos tenido que pensar en su sentido ético y estético. Es urgente que las universidades del mundo recuperen las Humanidades de manera integral. De lo contrario la ausencia de pensamiento y la falta de juicio crítico nos convertirán en esclavos de nuestro propio monstruo.

Me pregunto cómo es el paradigma que nos dibuja el falso eros. Es cierto que sus valores y premisas nos conducen a una comunidad tecnológica determinada; redes sociales, chat GPT... Pero ¿Quién tiene los métodos y técnicas válidas para dar respuesta y buscar soluciones a los mismos problemas que puede plantear la propia comunidad tecnológica?

Como dijera Kuhn, «las teorías están inscritas dentro de una matriz social, dentro de una historia». Pero ¿será cierto que la IA nos cederá espacio a las nuevas formas de pensar? Quizás en su origen sea así. Mucho me temo que en su desarrollo posterior y fin último, no nos permitirá explorar nuevas formas de pensar que se salgan del control de su «gran algoritmo». Será el triunfo del FALSO EROS y la desintegración del Humanismo.